

*Disposición de los dos ejércitos para la batalla. – Victoria lograda por el rey, y castigo de los rebeldes. Incursión de Antioco contra Artabazanes y sumisión de éste. – Castigo de los crímenes de Hermias.*

Hallándose ya el rey resuelto a pelear, lo mismo fue rayar el día (año -221), que sacar sus tropas de los reales. Situó sobre el ala derecha, primero la caballería de lanza al mando de Ardis, personaje de acreditado valor en las funciones militares; contiguos a ésta puso los aliados de Creta, después los tectosages gálatas, sucesivamente los extranjeros y mercenarios griegos, y finalmente la falange. Sobre el ala izquierda colocó la caballería llamada los compañeros del rey. Los elefantes, en número de diez, fueron dispuestos al frente del ejército a cierta distancia. La tropa subsidiaria de infantería y caballería fue distribuida sobre ambas alas, con orden de cercar al enemigo, después de empeñada la acción. Recorrió después las líneas, animándolas brevemente a cumplir con su obligación, dio el mando del ala izquierda a Hermias y Zeuxis, y se encargó él de la derecha.

Molón, a pesar de que sacó sus tropas con disgusto y las formó tumultuariamente, a causa del desorden de la noche precedente; no obstante dividió su caballería sobre las dos alas, adaptándose a la formación del enemigo; situó en el centro los rodeleros, los gálatas, y, en una palabra, toda la infantería pesadamente armada: colocó sobre una y otra ala a los lados de la caballería los flecheros, honderos y todo género de infantería ligera; y puso al frente del ejército los carros armados de hoces a cierta distancia. Encargó el mando de la izquierda a su hermano Neolao, y él se tomó el de la derecha.

Después de esto se empezó la acción. El ala derecha de Molón conservó la fidelidad, e hizo una defensa vigorosa contra Zeuxis; pero la izquierda, lo mismo fue

verse a presencia de su rey que pasarse a su partido: acción que, al paso que abatió al ejército de Molón, infundió nuevo espíritu al del rey. Molón, considerando que los suyos le habían abandonado, y que ya se veía atacado por todos lados, se le representaron los castigos que le esperaban si era hecho prisionero vivo, y se dio la muerte a sí mismo. Igualmente todos los que habían tenido parte en la rebelión se retiraron a sus casas, y tuvieron el mismo fin. Neolao, así que escapó del combate, se fue a Persia a casa de Alejandro, hermano de Molón, degolló a la madre e hijos de éste, hizo consigo lo mismo y persuadió igual acción a Alejandro. El rey, saqueado el campo del enemigo, ordenó poner sobre una picota el cadáver de Molón en el lugar más manifiesto de Media. Los comisionados ejecutaron al punto la orden, lo llevaron a Calonítide y lo clavaron a una cruz en la subida del monte Zagros. Antíoco, después de hecha una severa reprehensión a las tropas, les dio su mano en señal de perdón, y les señaló gentes que las condujesen a Media y tranquilizasen el país. Él, mientras, bajó a Seleucia, y sosegó los gobiernos del contorno, usando con todos de suavidad y prudencia. Por lo que hace a Hermias, siempre cruel según su costumbre, acumuló varios delitos a los de Seleucia, multó la ciudad en mil talentos, desterró a los magistrados llamados *Diganes*, mutiló, mató, atormentó y perdió a muchos de sus moradores. El rey en parte aprobó, aunque con repugnancia, lo dispuesto por Hermias; en parte tomó por su cuenta los negocios, con lo que sosegó la ciudad, y con la multa de solos ciento cincuenta talentos que les impuso en castigo de su yerro, restableció la tranquilidad. Arreglados estos asuntos, dejó a Diógenes por gobernador de Media, y a Apolodoro de Susiana. Ticón, primer secretario y comandante de ejército, fue enviado a las inmediaciones del mar Rojo. Así calmó la rebelión de Molón, y se aquietaron las alteraciones que de ella se siguieron en el Asia superior.

Soberbio Antíoco con tan feliz suceso, y deseoso de amedrentar y aterrar los príncipes bárbaros confinantes con sus dominos, para que en la consecuencia no tuviesen atrevimiento de tomar las armas ni auxiliar a sus rebeldes, decidió salir a campaña contra ellos. Su primer propósito fue contra Artabazanes, que parecía el más poderoso y sagaz, y dominaba a los satrapios y otras naciones próximas. Hermias, aunque recelaba de la expedición contra estos pueblos del Asia superior, por el peligro que podría resultar, y deseaba con ansia convertir las armas contra Ptolomeo según su primer propósito; sin embargo, al punto que supo que al rey había nacido un hijo, consintió en la expedición, presumiéndose que podría muy bien ocurrirle alguna fatalidad en esta guerra contra los bárbaros, o que se le podrían presentar ocasiones de quitarle la vida. Se hallaba persuadido de que, quitando de en medio a Antíoco, sería tutor de su hijo, y dueño absoluto del gobierno. Decidida la expedición, se pasó el monte Zagros, y se invadió el país de Artabazanes. Esta región toca con Media, y sólo hay de por medio unas montañas. Domina al Ponto por aquel lado por donde desemboca el río Fasis. Confina con el mar de Hircania. Sus naturales son robustos, y sobre todo los caballos. Abunda en todo género de aparatos para una guerra. Este reino se había conservado desde los persas, porque no se había hecho caso de él en tiempo de Alejandro. Artabazanes, que a la sazón era muy viejo, temió la llegada del rey, cedió al tiempo y concertó un tratado con las condiciones que quiso Antíoco.

Firmada esta paz, Apolófanes, médico a quien el rey tenía en gran estima, viendo que ya no se podía sufrir la soberbia y poder de Hermias, llegó a temer

por la vida del rey, y mucho más a recelar la suya propia. Por eso, cuando halló ocasión de sacar la conversación al rey, le exhortó a que no se descuidase, a que viviese con temor de la audacia de Hermias y a que no difiriese tanto el remedio que acaso le sobreviniese igual fatalidad que a su hermano. Le aseguró que el peligro se hallaba lejos, que debía atender y acudir con prontitud a su salud y a la de sus amigos. Antíoco confesó que aborrecía y temía a Hermias, y dio gracias al médico porque, solícito de su salud, se había atrevido a hablarle sobre el asunto. Apolófanes cobró nuevo aliento al ver que no había desagradado al rey la noticia, antes bien era conforme a sus ideas. Y así, no bien le rogó Antíoco que contribuyese no sólo con las palabras, sino con las obras a la conservación de su salud y la de su amigos, cuando le halló pronto para todo. Después de conferenciado el asunto, se pretextó que el rey padecía vahídos de cabeza, para separar de su lado por unos días los guardias y demás gentes que solían servirle. De este modo hubo motivo para que entrasen a visitarle aquellos amigos con quienes se quería comunicar privadamente el negocio. Ya que hubo la gente conveniente para jugar el lance (bien que todos se ofrecían con gusto por el odio que tenían a Hermias), se pasó a la ejecución. Para ello mandaron los médicos que saliese el rey a paseo al amanecer para tomar el fresco. Hermias y todos los confidentes que tenían noticia de la conjuración vinieron a la hora señalada; pero los demás vinieron tarde, por ser tan irregular la salida del rey respecto de lo que acostumbraba. Efectivamente, sacaron a Hermias del campamento, y cuando estuvieron en un sitio desamparado, el rey se separó un poco del camino, como para hacer una diligencia, y le dieron de puñaladas. Así acabó la vida Hermias, castigo que aún no igualaba a sus excesos. Libre Antíoco de tanto sobresalto y embarazo, tomó la ruta para la corte. En todos los pueblos por donde pasaba no se oía sino elogios de sus acciones y empresas, pero sobre todo de haberse deshecho de Hermias. Al mismo tiempo, en Apamea las mujeres quitaron la vida a su esposa, y los muchachos a sus hijos.